

## **Desafíos del desarrollo en América Latina** **“Una visión desde el Concilio Vaticano II, a Caritas in Veritate y Aparecida 2007”**

Dante Galgani  
Director de Formación del Centro Democracia y Comunidad.

El presente documento pretende ser una reflexión desde los documentos magisteriales del siglo XX, que han dado vida a diversas iniciativas políticas, sociales y económicas. Se hace además un análisis de la realidad en estos años. A partir de esta reflexión se propone alternativas de crear un nuevo orden, partiendo por plantear desafíos a la cultura de hoy. Termina el documento haciendo una invitación a re-encantarnos para poder re-encantar.

### **1.- Un Concilio desafiando al mundo del siglo XX**

A la hora de repasar la historia en América Latina y en el mundo, podemos situar una diversidad de acontecimientos en la sociedad, y uno de ellos es, sin duda, el Concilio Ecuménico celebrado por la Iglesia Católica, en la segunda mitad del siglo XX; me refiero al Concilio Vaticano II, que comenzó el 11 de octubre de 1962, finalizando el 8 de diciembre de 1965.

Con frecuencia los grandes acontecimientos surgen de ciertos contextos que posibilitan el nacimiento de líderes que están llamados a realizar transformaciones sociales, políticas, económicas, y en este caso, una transformación al interior de la Iglesia, con consecuencias en las estructuras sociales del mundo, siendo la figura principal el Papa Juan XXIII. Este episodio tuvo influencia en el desarrollo económico, político, social de las naciones y hoy, cincuenta años después, se vuelve a hacer vigente el mensaje y contenido del encuentro.

Creo importante situar el Concilio Vaticano II en el contexto histórico que nace, para poder entender luego los acontecimientos que se generaron, específicamente en la realidad de América Latina.

En aquella época, en occidente predominaban en la economía las ideas del keynesianismo, como eje de las políticas económicas de los Estados, donde la recomendación primordial era la intervención del Estado y el aumento del gasto público. Se esperaba que el Estado interviniera en gran parte de las actividades económicas. En esa época se podía palpar el crecimiento del capitalismo occidental desplegado en todas sus dimensiones.

El Concilio Vaticano II vino a constatar una realidad que necesitaba de cambios, que habrían de realizarse, dado el contexto sociocultural que mostraba ya los signos de una industrialización irreversible: los países del Tercer Mundo asumían una identidad que nunca habían tenido hasta entonces y el colonialismo estaba tocando a su fin; en una palabra: la sociedad vivía sobresaltada y se estaba gestando algo que habría de modificar la vida civil.

A partir del contexto social mundial y de las necesidades que eran vividas por los seres humanos, el Concilio Vaticano II despierta para dar respuestas a las grandes injusticias y deseos de cambio. Al interior de la Iglesia surgen intuiciones de cambiar las estructuras, por unas estructuras que estén en diálogo con el mundo.

En *Gaudium et Spes* se afirma que la Iglesia tiene que estar en el mundo y llegarlo a conocer tal cual es, si es que quiere llevar a cabo honradamente su misión. Después de muchos siglos de un supuesto saber lo que es el mundo y de juzgarlo como opuesto, la iglesia confiesa la necesidad absoluta de escrutarlo para poder actuar. Esto supone la

humildad del aprendizaje, el fin del triunfalismo y de la división maniquea iglesia- mundo.

Sin duda que la Iglesia, luego del concilio, asumió desafíos que han tenido repercusiones en la vida de las personas. Se redescubre una iglesia horizontal y no vertical, una iglesia que da importancia al rol de los laicos y su aporte a la construcción del mundo. En *Gaudium et Spes* se desarrolla la misión de la Iglesia, que supone una forma distinta, definiendo una identidad de iglesia desde la misión, afirmando que está para servir y no para ser servida. Este proceso exigió a la Iglesia y a sus miembros que se hicieran mundanales, viviendo y actuando en la Historia, pero sin ser mundana, **a** según el ejemplo de Jesús, *ser del mundo sin ser del mundo*. Esto era opuesto al estilo que imperaba en ese momento al interior de la Iglesia, que venía dado por la *fuga mundi*, como origen del monacato en occidente, en el siglo IV. Ya no era necesario estar fuera del mundo para encontrarse con Dios, sino más bien se hacía urgente estar presentes en el mundo, en la cultura, para poder transformar desde dentro la realidad.

Por suerte, esta reflexión y decisión de la Iglesia surge en un momento de la historia de América latina que hacía necesario influir en los movimientos de liberación; se necesitaba una sana reflexión para apostar por transformar las realidades de pobreza en el continente, era necesario que la Iglesia fuera la Iglesia de los pobres, una Iglesia fraterna, solidaria, que luchara por la justicia y la dignidad de las personas. Fue el comienzo del aggiornamiento de la Iglesia, es decir, actualizar el mensaje de Jesús al hombre y mujer del siglo XX.

Con el Concilio se comenzó a construir un nuevo camino, que iba a posibilitar una Iglesia diferente. Los desafíos que surgen del Concilio serán las cartas motivacionales del trabajo de los pastores y de los cristianos en Latinoamérica.

## **2.- Surgen voces de liberación y justicia**

Luego del Concilio, la Iglesia ya no sería la misma. Si la Iglesia ya no es la misma, era necesario comenzar por adecuarse a la realidad presente en los países, en ese preciso momento. En el caso de América Latina, fue notorio el proceso de apertura de la Iglesia, logrando inculturarse en las diversas realidades de nuestro continente. Es el surgimiento de líderes en los distintos países que fueron dando vida a la invitación del Concilio. Estos líderes desafiaron las estructuras de poder, -estructuras dictatoriales- y comenzaron a influir en la economía, la política, la cultura.

En este contexto podemos recordar la figura de Monseñor Oscar Romero, en el contexto de una dictadura militar, quien fue un profeta en la defensa de los derechos humanos, que lo llevó a perder la vida, y ser un mártir en defensa de su pueblo. Otra figura que nace es Helder Camara, defensor también de los derechos humanos y una figura destacada de la naciente teología de la liberación. En Chile, podemos situar la figura del Cardenal Raúl Silva Henríquez, quien influyó positivamente en la transformación del país. Fue el cardenal de la transformación. Él impulsó la distribución de tierras de la Iglesia entre sus trabajadores, por medio de cooperativas. Esta acción influyó en los gobiernos de la época, creando consciencia de la realidad de los trabajadores agrícolas y de la pobreza que ellos experimentaban. Es posible destacar en la figura del Cardenal la postura asumida durante la dictadura militar, ubicándose del lado de los perseguidos, defendiendo los derechos humanos de miles de personas, y creando para ellos organismos que protegieran la vida de las personas, como fue la Vicaría de la Solidaridad.

De lo anterior, se puede señalar que la Iglesia de América Latina contó con pastores que respondieron a los desafíos culturales y sociales del continente, en distintos países. Es así que el Concilio significó para los creyentes un profundo cambio, ya que permitió el contacto de las órdenes religiosas con las necesidades sociales que requería el pueblo. La

renovación también proponía una mayor independencia del accionar de los evangelizadores. Un profundo debate interno se sucedió luego de las diferentes formas de interpretar la realidad y actuar en ella, que se dio en toda la Iglesia. En muchos casos, los integrantes de las Iglesias de cada país se identificaron con los movimientos de liberación, surgiendo a su vez, la teología de la liberación, en un contexto donde las dictaduras que gobernaban la región, dejaban una escasa o nula representatividad política y una enorme injusticia social.

La idea de "Iglesia de los pobres" fue interpretada por algunos sacerdotes de tal manera que dio origen a la "teología de la liberación" y como un claro compromiso político y social destinado a transformar el mundo. La teología de la liberación y la acción social de la Iglesia se basan en el protagonismo del pueblo y en una teoría social crítica que permite interpretar las causas de la pobreza y proponer estrategias viables de desarrollo y de liberación.

Por su parte, Paulo VI, en su encíclica "*Populorum Progressio*", critica el sistema capitalista y denuncia la situación de injusticia que se daba en el Tercer Mundo. Esta encíclica aumentó aún más las posturas a favor de la teología de la liberación. Muchos sacerdotes, que abrazaron estas ideas, fueron perseguidos y asesinados por defender estas prédicas evangélicas y llevarlas a la práctica.

Es en esta misma época, después del Concilio que se celebraron las conferencias de Medellín, Puebla, Santo Domingo y, hace unos años, Aparecida, en distintos periodos, con el objetivo de profundizar en la reflexión y definir los desafíos a asumir considerando la realidad del continente.

Cada uno de estos sínodos describe la realidad de pobreza que viven millones de habitantes en el continente, situación que preocupa e interpela responder con espacios concretos de promoción humana. Se hacen llamados a los gobiernos para que busquen los caminos para reducir la pobreza, en medio de una economía neoliberal imperante. En el encuentro de Medellín se señala que la miseria es una injusticia que conspira con la paz y es en sí misma "violencia institucionalizada".

Los mismos obispos denunciaron la opresión sistemática de los pobres, criticaron la explotación del Tercer Mundo por las naciones industrializadas y exigieron reformas políticas y sociales. No se detuvieron ahí: los obispos declararon que la Iglesia de Latinoamérica contenía una misión distinta a la de la Iglesia de Europa y le otorgaban una función política activa.

Estas situaciones se fueron constituyendo en los "*signos de los tiempos*", que los cristianos analizaron para dar respuesta a las necesidades experimentadas en Latinoamérica. Estos signos era necesario leerlos a la luz de las sagradas escrituras para que todo ser humano se sintiera acogido y respetado en su dignidad.

### **3.- Caminos Posibles en una sociedad globalizada**

Hoy estamos frente al avance desmesurado de una sociedad globalizada y secularizada; es por tanto, momento de detenernos y mirar hacia atrás, para observar que lo aprendido en las etapas anteriores no es suficiente para actuar en el momento presente. Hay desafíos nuevos como los provenientes del crecimiento de la población mundial, la era de las comunicaciones virtuales, del cambio climático global y del agotamiento de los recursos naturales que amenazan la misma supervivencia de la vida en el planeta. Si no nos movilizamos, estaremos hipotecando el futuro de las generaciones venideras. Es importante crear y construir caminos posibles que permitan alternativas de humanización en todos los rincones del mundo.

Fruto de esta situación comienzan a surgir voces de algo distinto. Hay un malestar

global, expresado en protestas que unen a personas de diferentes culturas; una de estas protestas es la que ha liderado el movimiento de los indignados en España, Estados Unidos, etc. Este malestar se debe a la crisis de un paradigma de civilización que sin duda está exigiendo un nuevo modelo de sociedad con participación ciudadana, regulación y control de la economía financiera.

Esta situación de indignación también está recogida en el *Sínodo de Aparecida*, en el número 34, al indicar que la “*novedad de estos cambios, a diferencia de los ocurridos en otras épocas, es que tienen un alcance global que, con diferencias y matices, afectan al mundo entero. Habitualmente, se los caracteriza como el fenómeno de la globalización*”; y el número 36 señala que en “*este nuevo contexto social, la realidad se ha vuelto para el ser humano cada vez más opaca y compleja*”.

En los documentos magisteriales podemos intuir que hay necesidad de encontrar caminos de solución que integren la vida de las personas. Es urgente dar un sentido de vida al ser humano. Estamos asistiendo al despertar del hombre y la mujer, tomando conciencia de sus derechos.

En la carta encíclica *Caritas in veritate*, del Papa Benedicto XVI, él deja claro que “*el gran desafío que tenemos, planteado por las dificultades del desarrollo en este tiempo de globalización y agravado por la crisis económica financiera actual, es mostrar, tanto en el orden de las ideas como de los comportamientos, que no sólo no se pueden olvidar o debilitar los principios tradicionales de la ética social, como la transparencia, la honestidad y la responsabilidad, sino que en las relaciones mercantiles el principio de gratuidad y la lógica del don, como expresiones de fraternidad, pueden y deben tener espacio en la actividad económica ordinaria. Esto es una exigencia del hombre en el momento actual, pero también de la razón económica misma. Una exigencia de la caridad y de la verdad al mismo tiempo*”.

Durante años se ha hablado de los *signos de los tiempos* como una manera de leer la historia y los acontecimientos del mundo, pero hoy quizá será necesario hablar y ver un *tiempo de signos*. Ya no basta hablar de una realidad escatológica como fuente de esperanza y caridad cristianas, es necesario hablar de un tiempo presente, aquí y ahora. Y ese tiempo presente requiere mostrar signos de que otro camino es posible, o de que otro mundo es posible. Tanto la Iglesia como otras instituciones sociales necesitan hacer signos que identifiquen a los seres humanos, y les permitan confiar y construir un nuevo modelo de sociedad. La pregunta que surge ante esto, es que tipo de sociedad, y que camino utilizamos para lograrlo.

Este nuevo camino tendrá que surgir en una sociedad polarizada, una sociedad que ha madurado en medio de disyuntivas, dilemas. Este nuevo camino precisa de una alternativa, definido como el tercer elemento, el *tertium datur*, que dirían los romanos. Realidad que no se sitúa entre el blanco y el negro, y que, por supuesto, no es el gris. Esto debe ocurrir, influyendo en la transformación de la sociedad de una manera original.<sup>1</sup>

Por esta nueva vía (*tertium datur*) se pueden superar de mejor manera las innecesarias bipolaridades eclesiales y sociales vividas en América Latina en las últimas décadas. En el sínodo de Santo Domingo, el pueblo de Dios quedó polarizado, por tanto, estaba en juego una nueva alternativa: situarse en una perspectiva creativa; no quedarse en lo uno o lo otro.

El momento actual es propicio para crear nuevas sinergias y superar las bipolaridades. En el caminar por esta realidad, la postmodernidad es el contexto para crear un nuevo camino posible para los seres humanos. El proceso de la postmodernidad, por su parte, es

---

<sup>1</sup> Arnaiz, J.M. **Alternativas de Humanización**. Madrid, PPC 2012, p. 5

irreversible. No se pueden cerrar las puertas que ya se abrieron.

Con mucha frecuencia, nuestras formas de ver el mundo son, al menos, dualistas: día o noche; bueno o malo; hombre o mujer; cuerpo o alma. Con harta frecuencia estos dualismos expresan las oposiciones que definen la identidad de las personas: ellos y nosotros; correcto y erróneo; republicano y demócrata; derecha e izquierda. La política, la moral, la religión están necesitadas urgentemente de liberarse de las oposiciones binarias. El amor absolutamente recíproco, pero fecundo, nos lleva más allá de sí mismo a espacios más grandes, nos lleva a la alternativa.

Estamos en días de alternativa; hemos estado en días de continuidad y doble posibilidad, y queremos llegar al *tertium datur*. Es toda otra realidad. Nos toca ritualizar lo que se muere y dejarlo ir. Alumbrar lo que nace y ayudar a ponerlo en escena y evidenciar toda su originalidad y fuerza vital. Ello supone invocar y afirmar el uso de la imaginación, el diálogo creativo, unas redes de apoyo y un fuerte ánimo liberador y de intensa comunión<sup>2</sup>. Se trata de superar las polarizaciones, que son básicamente producto de la imaginación patriarcal y una cristalización del pensamiento clásico griego.

Este nuevo modo, nueva alternativa, constituyen los desafíos que se pueden releer desde el Concilio Vaticano II hasta el documento de Aparecida, incluyendo la carta encíclica de Benedicto XVI, *Caritatis in veritate*, sobre el desarrollo humano integral en la caridad y en la verdad. Al situarnos en los desafíos será necesario cambiar nuestra manera de ver y actuar en el mundo, para hacer posible un nuevo camino, que nos lleve a la integración global.

#### 4.- Desafíos presentes y futuros

Para comprender y tender a trabajar por los nuevos desafíos que nos plantean los documentos eclesiales y la realidad que ha circundado estos escritos, será necesario repensar nuestra situación en el mundo. Y para lograr esto, es necesario cambiar de mentalidad (*metanoia*), que implica el cambio de criterios, que posibiliten una nueva ética mundial<sup>3</sup> en todas las dimensiones de la vida.

Si miramos todo lo escrito hasta aquí podemos situar en tres palabras lo que podría constituirse como nuestra tarea en el siglo XXI: *Encanto – desencanto y reencanto*. Creo que América Latina y gran parte del mundo, ha pasado de ser una cultura encantada por los anuncios del Concilio Vaticano II, a ser una cultura y unos pueblos desencantados de las situaciones que no cambian, que permanecen dentro de las estructuras de la sociedad, por tanto la tarea de hoy será el reencanto de los seres humanos.

Profundizando sobre lo anterior, creo que una buena parte de la sociedad en América Latina fue encantada por la reflexión del Concilio, porque se respiraba un aire fresco, que promovía grandes cambios, y que estos mismos se comenzaron a vivir en muchos pueblos y ciudades, en donde se toma contacto con las realidades del mundo, influyendo positivamente las estructuras políticas de la sociedad (reforma agraria en Chile). Creo que fue el tiempo de la alegría y la renovación, donde todo lo viejo estaba quedando atrás. Eran tiempos de libertad, justicia y fraternidad.

Sin embargo, esta situación fue cambiando al paso de los años, la misma Iglesia, o una parte de ella, se fue instalando en el conservadurismo, aparecieron las dictaduras en América Latina, y la realidad de los pobres se empezó a masificar. Se consolida un sistema económico que genera exclusión y desigualdad. Se pierde la confianza en las instituciones;

<sup>2</sup> Medina, A. **Ideas para tener ideas. Creatividad para vivir**. Madrid, Pearson 2007, p.93

<sup>3</sup> Habermas, Jürgen y Ratzinger, Joseph. *Entre Razón y Religión. Dialéctica de la secularización*. México, EFE 2006, p. 36

ejemplo de esto son la Iglesia, los partidos políticos, etc. Existe una crisis de valores, generando una competencia desmedida y deshumanizada. Sin duda que estos elementos han acrecentado la mirada de desencanto por la vida, siendo la expresión más actual los indignados de distintos países.

No hay duda de que vivimos en una cultura de ingratitud; en ella, la gratuidad y el agradecimiento son escasos. En esta cultura de ingratitud está la raíz de nuestra cultura de muerte.

Ante este crudo análisis, no podemos perder de vista que siempre hay una nueva alternativa (*tertium datur*), y creo que estamos siendo partícipes y protagonistas de una nueva época que está por empezar; esto supone que muera la época anterior. Es tiempo de que comience el reencanto, y esa tarea es de todos, de las Iglesias, de los políticos, de la ciudadanía. En este nuevo proceso no son necesarios los individualismos, ni las verdades particulares, sino que debemos construir verdades colectivas que den sentido a los seres humanos. Esto supone un ejercicio de ascesis personal para muchas personas, acostumbradas al poder, un poder mal entendido. Es la hora de buscar a los zahoríes, que son aquellas personas que nos ayudan a encontrar el agua que está bajo nuestros pies, personas que posibilitarán un cambio de sociedad, que nos ayudarán a crear una cultura de vida, como ha sido la invitación del concilio y de los documentos posteriores.

Si queremos un presente que tenga futuro, no podemos perder tiempo en discusiones que quieran asegurarnos un bienestar personal, sino que debemos comenzar a inaugurar el tiempo de los signos, esos signos que muchos esperan en el mundo de hoy. Debemos devolver la esperanza a millones de personas que están excluidas del sistema.

Finalmente, es preciso decir que es la hora de crear estructuras nuevas para nuevos tiempos, y estas estructuras necesitan personas que puedan ayudar a sostener en el tiempo, los valores de un humanismo cristiano actualizado.